

MARGINACIÓN URBANA EN MURCIA: UNA APROXIMACIÓN AL MUNDO DE LOS QUINQUILLEROS

M. DOLORES VARGAS LLOVERA
ANA FERNÁNDEZ VALERA

DIVISIÓN DE ANTROPOLOGÍA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Alguien dijo alguna vez que nos encontrábamos en una tierra de nadie y en una tierra de todos, donde no había distinción entre superioridad o inferioridad con respecto a los seres que en ella habitan. Esta idea se extendió hacia numerosos campos, concepciones e ideologías a lo largo del tiempo, constituyéndose en un criterio básico de la convivencia. Un ejemplo actual de ello lo encontramos en su mención explícita en nuestra propia Constitución, al reconocer y proclamar la igualdad y los derechos de todos y cada uno de los ciudadanos. Utopía que, por otra parte, choca con una realidad social que contradice ese propósito y en la que es evidente la existencia de numerosos grupos, comunidades e individuos que por cuestiones de raza y/o culturas, experimentan las consecuencias de su rechazo por parte de la sociedad mayoritaria, situándolos en una gran desventaja social.

Los tipos de población que, por sus formas de vida o por etnia, son considerados como grupos que se salen de las normas establecidas de la comunidad donde habitan, residen en barrios o núcleos de viviendas bien delimitados y conocidos como zonas peligrosas, degradadas y causantes de la inseguridad ciudadana, por los habitantes del núcleo importante de la población, que los ignoran totalmente.

A pesar de que estos grupos marginados están claramente delimitados territorialmente, no debemos olvidarnos de la gran importancia de los límites sociales, que no tienen una frontera física como pueden tener los barrios. Son unos límites más o menos imprecisos que marcan las diferencias sociales y en los cuales los individuos que se encuentran dentro de la marginación sólo penetran en busca de ayudas económicas que les permita la subsistencia.

Es notable que existe una interdependencia entre los habitantes de las zonas marginales y el resto de la población que controla los bienes de producción. Esta interdependencia está basada en la necesidad de supervivencia para un grupo y en el hecho de ser fuente de

mano de obra barata para el otro. Si bien es cierto que la supervivencia de los primeros puede, en algunas ocasiones, ser posibilitada por cauces sancionados por las leyes vigentes.

Teresa San Román citando a Narroll, propone cuatro criterios básicos para la identificación de estos grupos étnicos: que se perpetúen desde el punto de vista biológico de forma autónoma; que el grupo comparta valores y formas culturales; que se constituya un núcleo comunicado de interacción; y que se identifiquen a sí mismos y sean identificados por otros como una unidad diferenciada frente a otras unidades del mismo tipo. Creemos que esta clasificación puede aplicarse al grupo quinquillero.

La investigación que hemos comenzado va dirigida al conocimiento de las formas de vida de un grupo definido y minoritario como es el de los quinquilleros o mercheros, o mal llamados «quinquis», como decía Méndez Ferrín en un artículo de una revista. (Triunfo, 6-11-71)

Alfonso Sastre, que ha investigado este grupo social, dice que quinquillero equivale a nómada, socialmente marginado y siempre segregado en sus intentos de integración social. El autor precisa, que el oficio de quinquillero o merchero (el gremio) era nómada, pero que actualmente va centrándose en torno a un domicilio habitual, casi siempre mísero y suburbano: cueva, lona, chabola o vivienda social. Habla también, de su desamparo social, su vacío cultural y de sus condiciones miserables de vida que van creando en estos grupos una moral, un lenguaje, una idiosincrasia «sui generis».

Son vistos por Sastre como un grupo cerrado y hermético, sin folklore que les identifique, distantes del resto de la población y de cualquier creencia o religión, con escasas expectativas de futuro y caracterizados por sí mismos y por su lenguaje, al que consideran como propio a pesar de que la mayoría de términos están entroncados con el lenguaje gitano.

Nos encontramos ante gentes marginadas e incluidas en el ámbito de la cultura de la pobreza de las grandes ciudades, descrita por O. Lewis. Y es preciso conocer el comportamiento de estas familias, la evolución y la metamorfosis que les ha empujado la sociedad, y en definitiva, ser conscientes de la existencia actual de estas minorías sociales que el tiempo, la industrialización y la urbanización les llevaron a cambiar sus normas de vida dentro de la misma marginación donde ya estaban catalogados.

Para el conocimiento de la realidad quinquillera hemos utilizado las técnicas tradicionales del trabajo de campo, junto con la búsqueda bibliográfica sobre la historia y costumbres de este grupo humano.

La palabra «quincallero» es palabra de oficio y designa a la persona que fabrica, vende o arregla quincalla, artículos de metal de poco precio o escaso valor. Esta quincallería o quinquillería se compone de utensilios domésticos, artículos de hojalata, calderería, arreglos de somieres, paraguas o lañadores.

Los quinquilleros, según datos recogidos en diversas fuentes, pueden ser descritos como miembros de una etnia radicada en España y que habitaba en Castilla, Valle del Ebro y Extremadura y cuyos orígenes parecen situarse en la India. Entre sus principales rasgos socioculturales, destacan el sólido espíritu de clan; matrimonio vinculante con la ceremonia del rapto; código moral distinto al del resto de la sociedad; nomadismo y poca o ninguna participación en asuntos políticos, sociales o religiosos.

Las primeras dificultades comenzaron con la indagación de las posibles familias quinquilleras que habitaban en la ciudad. Tras muchas dificultades e investigando por numerosas vías: Ayuntamiento, Comunidad Autónoma, Comunidades de Minorías Étnicas, Unidades de Documentación de la Delegación de Bienestar Social, Cáritas, Obispado..., encontramos información a través de unos sacerdotes comprometidos con la marginación social. Ellos nos pusieron en contacto con los distintos coordinadores de barrios marginados, quienes se ocupaban, principalmente, de nómadas y chabolistas, entre ellos los quinquilleros.

El objetivo, como ya hemos apuntado, es el de investigar a un grupo olvidado, pero que aún sigue vivo, que siente y vive la pobreza, la marginación, el rechazo social y la discriminación casi total.

El barrio de Pernada es un núcleo de viviendas sociales donadas hace años por el Ayuntamiento de Murcia a nómadas, chabolistas y gentes de escasos ingresos económicos. El barrio en conjunto está compuesto por varios bloques, viviendas sociales y por grupos de viviendas de las que podríamos llamar de iniciativa privada, al no estar incluidas en la planificación del barrio.

Todos los bloques de las viviendas sociales, tienen la misma estructura, están contruidos con los mismos materiales. Sus portales de hierro enmarcan las entradas. Algunos están pintados de verde y otros ya han dejado de tener color. Entre bloque y bloque hay un espacio sin edificar al que le podríamos llamar calle o jardín, pero que en realidad no tiene estructura alguna. Existe una iglesia y un llamado Hogar del Pensionista, en el que en realidad hay unos despachos con un letrero en una de las puertas en el que se lee: «Alcalde de Barrio». Destaca un pequeño jardín, mal cuidado y una carretera que separa esta zona del resto de la ciudad, como símbolo de frontera en la limitación del barrio.

Llama la atención ver tanta gente en la calle, en su mayoría mujeres y niños. Casi todos llevan los cabellos alborotados; a algunos les faltan botones en las camisas o blusas y todos visten de forma semejante. Juegan, gritan y corren o pasean en los montículos de arena que hay en las calles en obra. Llegamos a un bloque donde hay muchas mujeres que, al igual que los niños, llevan, en su mayoría, el cabello alborotado, usan zapatillas de estar en casa y están en los portales con bolsas de plástico.

Las gentes que habitan en la Pernada son de clase baja y la mayoría del estrato más bajo: obreros sin cualificar, parados crónicos, trabajadores eventuales, mendigos..... No es infrecuente el recurso a medios poco ortodoxos y que podríamos calificar de delictivos.

Las familias que viven en el barrio están compuestas por numerosos individuos. Son de tipología extensa, siendo normal encontrar núcleos compuestos por diez o más personas. Se trata de familias jerarquizadas con una manifiesta autoridad por parte del padre o varón de más edad. Hay que destacar, sin embargo, el papel que desempeña la mujer, resultado de la actitud del varón o del padre. Éste debe de desplazarse al trabajo, si lo tiene, o a «buscarse la vida», con lo que la mayoría de las horas del día no está en casa y quién cuida de la enculturación de los hijos, según su patrón educacional, es la madre, junto con los abuelos.

Jesús, el coordinador que hizo de introductor para conocer a estas gentes, nos llevó a casa del «Quincallo» (el apodo no puede ser más descriptivo) para presentarnos. Encontramos en la calle a su mujer, persona de mediana estatura, robusta, de tez morena, con el

pelo grisáceo recogido en una cola y la cara llena de arrugas. Ante nuestro requerimiento sobre la profesión de su marido, nos dice que ya no trabaja «porque es mayor, sólo hace algunos trabajillos en casa», pero que ahora no podía atendernos porque «estaba acostao».

Mientras, Rogelia nos habla un poco de su familia. Tiene siete hijos. Uno está separado y vive con ellos y con su hijo de corta edad, trabaja recogiendo limones. Otro, está en un pueblo cercano trabajando en una obra. También vive con ellos un hijo casado y el resto están sin trabajo.

Volvemos más tarde para poder hablar con el «Quincallo». Entramos en el bloque de pisos; la entrada es oscura y subimos en el ascensor. Estaba sucio y lleno de pintadas e inscripciones. Marcamos el piso número doce. En la planta hay cuatro viviendas. Una de ellas está precintada por la policía. Quién vivía se dedicaba al narcotráfico y encontraron un alijo de drogas.

Entramos en el piso; Rogelia la abuela nos hace pasar al comedor. Parte del suelo se encuentra sin baldosas. Aparece un niño en un taca-taca. Dos hombres jóvenes están sentados viendo la televisión. Los muebles del comedor no tienen nada que ver los unos con los otros. Aparece una chica muy joven; tendrá unos dieciséis años y está embarazada. Por el pasillo se acerca el «Quincallo», hombre mayor, pelo rubio canoso con gorra a cuadros echada hacia delante; su mirada es recelosa, lleva un pequeño bigote rubio-plateado; viste un chaleco y camisa a cuadros.

El «Quincallo» comienza a preguntar por qué estamos allí. Y al referirnos a su oficio nos responde con orgullo que efectivamente él se dedica a quinquillero, que su abuelo ya lo era. Se levanta y vuelve con un artilugio que nos explica que era de su abuelo y con el cual arregla lebrillos y otras cosas. Nos describe que ha recorrido cientos de pueblos trabajando. Aclara: «Antiguamente habíamos muchos, hoy casi están todos muertos y los que no, ya no hacemos falta; cuando un lebrillo se rompe, la gente lo tira; no hay somieres como los de antes, que esos sí que eran buenos! Ya no hay trabajo como antes».

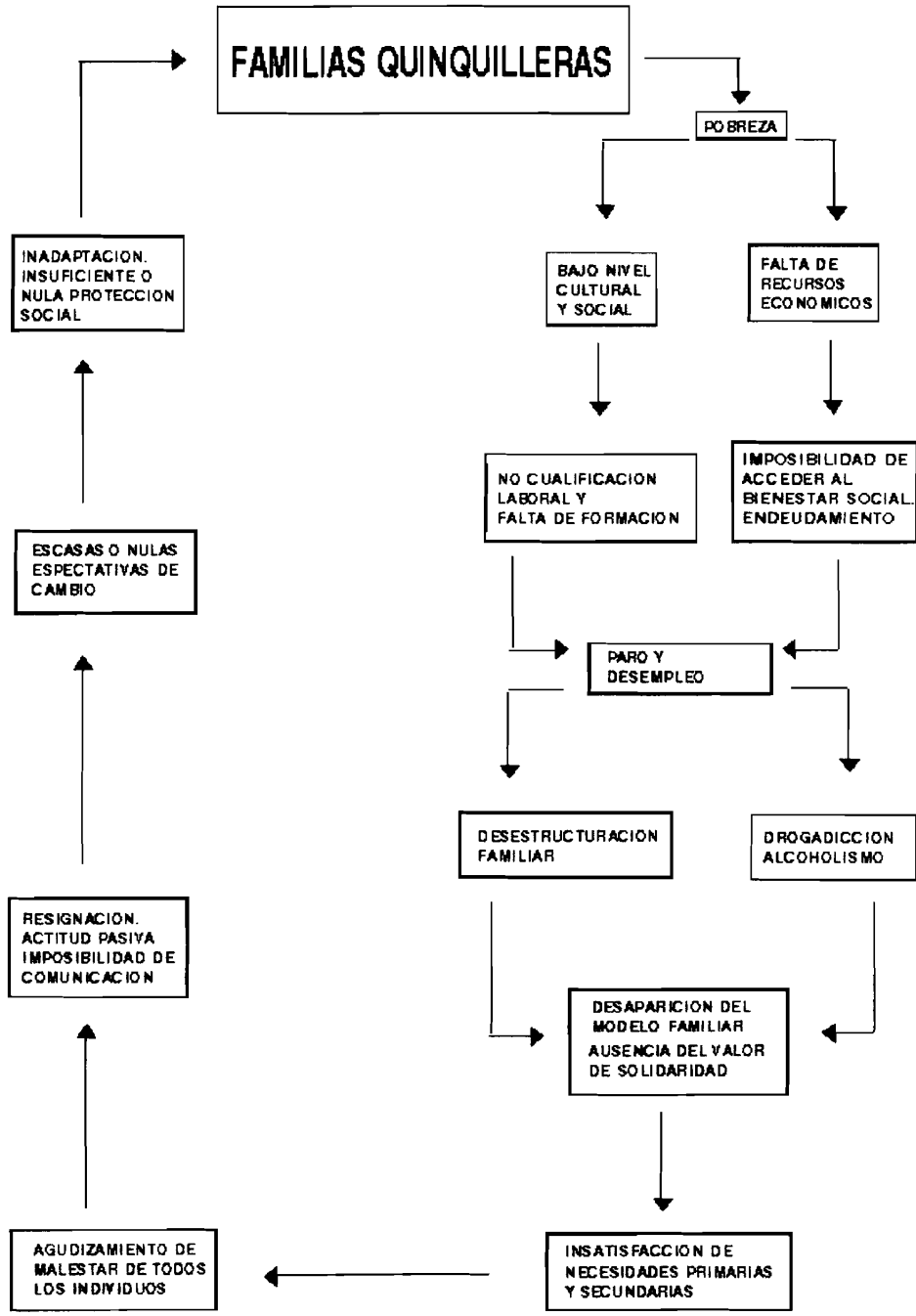
Continúa relatándonos sucesos de su vida por diferentes tierras por donde, junto a su familia y con su carreta, han pasado viviendo diversas situaciones. «Ahora es distinto —dice el «Quincallo»—; cada uno está por donde puede y se gana la vida como sabe». Entra otro hombre de mediana edad, hijo del «Quincallo» y padre de uno de los jóvenes que estaba viendo la televisión.

Con esta descripción hemos pretendido transmitir un ejemplo del entorno social en que se desenvuelve este colectivo minoritario.

Tras haber observado a distintas familias quinquilleras y haber visto la pobreza en que se hallan sumidas, se nos hace necesario hablar de marginación; porque aunque ésta no siempre se deriva de la pobreza, pero si entronca con ella.

Hablar de marginación en este caso, es hablar de inadaptación social; de rechazo de la sociedad; de la no aceptación del medio social dominante, pero si, cuando tienen que relacionarse por motivos de trabajo, ayudas u otros tipos de interacción; clima de autoritarismo, de intolerancia y de desconfianza. Viven en el presente. Carecen de memoria histórica: llegan como mucho a sus abuelos y se limitan a las tradiciones orales familiares. Son conscientes de que constituyen un grupo especial y minoritario y que su escala de valores no tiene que ver con el del resto de la sociedad.

Actualmente estas familias quinquilleras habitan barrios marginales, compartiendo su



entorno con enclaves gitanos y otros marginados sociales. Son barrios, sino ocultos, sí tabúes de las grandes ciudades, de los que apenas se conoce nada y que quizás sean ignorados a propósito.

El futuro de las personas se gesta en el contexto de la familia. El hogar familiar es donde se inicia el proceso de enculturación que va a facilitar o dificultar la formación del individuo, en este caso del quinquillero como persona.

La sociedad dominante considera a la familia como la más importante unidad social. Es la unidad primaria de la sociedad y de la cultura de los seres humanos.

Es en el grupo familiar donde se desarrollan los valores personales, construyendo sus propias redes de relaciones sociales. Estas creencias son aceptadas por los individuos y plasmadas tradicionalmente en el entorno social. Pero este enfoque no debe generalizarse; no podemos olvidar que cada día existen más minorías que por la presión industrializadora y urbanizadora se encuentran en situaciones carenciales, empujados hacia posiciones extremas donde lo más importante es la propia subsistencia.

La ruptura de las estructuras económicas y de la forma de vida de los quinquilleros llevándolos a integrarse a la normativa ciudadana, les ha proporcionado, en los modos de sentir y actuar, no sólo en la familia sino en todas las facetas, un cambio en su visión del mundo.

Al dejar el nomadismo por el sedentarismo, las familias quinquilleras han pasado a engrosar la marginación urbana. Su estructura de vida, en épocas nómadas, se caracterizaba por el autoritarismo por parte del cabeza de familia con unas bases familiares igualitarias. Al llegar a la ciudad predominan los valores económicos; a pesar que sigue la autoridad jerárquica del varón o padre, ahora las bases ya no son igualitarias, sino que obedecen a un criterio económico: el que más ingresa más autoridad tiene dentro del grupo doméstico.

En cuanto a las relaciones familiares, en la mayoría de las familias quinquilleras se produce una evasión de los roles parenterales, inmadurez, inestabilidad afectiva y emocional en todos sus miembros, irresponsabilidad, convivencias inestables, uniones precoces, promiscuidad, incomunicación con la pareja y los hijos, malos tratos entre todos los miembros y cierto grado de vagancia colectiva. Carecen de modelos a normas y valores y se advierte una falta de integración al sentido familiar y a la sociedad.

La mayoría de estas familias mercheras no han vivido nunca o casi nunca en una vivienda digna y desconocen las mínimas normas de higiene. Por su origen nómada no han usado los medios imprescindibles: el agua corriente, la luz eléctrica, las camas, las sábanas..., y por estas causas las viviendas sociales que ahora habitan están con el problema del hacinamiento, que ellos apenas o no sienten, puesto que las condiciones espaciales de la vivienda son adaptadas a su forma de vivir. La estructura espacial de la vivienda es la estructura trasvasada de la carreta, sobre todo en la primera generación.

Las actividades laborales de los individuos quinquilleros, debido a su oficio, necesitan un lugar amplio para almacenar sus utensilios de trabajo y preparar los materiales para realizar sus arreglos. Por tanto, su vida en un piso de una barriada de bloques, les exige que cambie de trabajo; por otra parte es un trabajo que hoy día se encuentra desfasado, ya que nadie arregla ya los lebrillos de barro, porque son de plástico, los paraguas o los somieres. En suma, estas ocupaciones quinquilleras no son lo suficientemente rentables para que el merchero pueda afrontar sus necesidades económicas, por lo que precisa sustituir su trabajo por otras ocupaciones. Así que se convierte en mano de obra barata

debido a su falta de cualificación laboral. Y como consecuencia llega la situación de paro crónico, viéndose arrastrados a situaciones de ilegalidad.

En el siguiente gráfico ponemos en evidencia el entorno y la situación en que se encuentran estas familias quinquilleras:

Podemos deducir por lo que hemos visto hasta ahora que las familias quinquilleras son gentes que se encuentran dentro del desempleo crónico, que viven al día, con una capacidad económica inexistente, la no organización interna y externa y viviendo sin ningún lazo de unión con el medio social donde están ubicados. Los diversos problemas familiares les llevan a situaciones carenciales por el elevado número de miembros que componen el grupo doméstico.

La marginación del grupo merchero se encuentra, en sus carencias cualitativas y cuantitativas, al extremo del grupo social que lo envuelve, es decir, se encuentra inmerso en una sociedad que no posee dichas carencias. Como consecuencia de ello, podemos interpretar su forma de vida según el modelo propuesto por Oscar Lewis de la «cultura de la pobreza», desarrollada dentro del discurso antropológico.

O. Lewis, distingue entre pobreza y cultura de la pobreza y trata de captar la pobreza y sus concomitantes como una cultura o subcultura con sus propias estructuras. Como un modo de vida que se hereda de generación en generación a través de las líneas familiares. Y «los rasgos económicos más característicos de la cultura de la pobreza incluyen la lucha constante por la vida, periodos de desocupación y de subdesocupación, bajos salarios, una diversidad de ocupaciones no cualificadas, trabajo infantil, ausencia de ahorros, una escasez crónica de dinero en efectivo, ausencia de reservas alimentarias en casa, el sistema de hacer las compras frecuentes de pequeñas cantidades de productos alimenticios y muchas veces al día, a medida que se necesitan, el empeñar prendas personales, el pedir prestado a prestamistas locales a tasas usurarias de interés, servicios crediticios espontáneos e informales organizados por vecinos y el uso de ropas y muebles de segunda mano» (O. Lewis, 1969-1972).

Lewis, habla también de las características sociales y psicológicas de estos grupos sociales haciendo hincapié en «el vivir incómodo y apretado, falta de vida privada, sentido gregario, alta incidencia de alcoholismo, el recurso frecuente a la violencia al zanjar dificultades, uso frecuente de la violencia física en la formación de los niños, golpear a la esposa, temprana iniciación de la vida sexual, uniones libres o matrimonios no legalizados, una incidencia relativamente alta de abandono de madre e hijos, una tendencia hacia familias centradas en la madre y un conocimiento mucho más amplio de los parientes maternos, una fuerte predisposición al autoritarismo y una gran insistencia en la solidaridad familiar» (Lewis, 1969-1972).

El grupo quinquillero muestra una pérdida de rasgos culturales al tener que adaptarse al medio actual, aceptando los diversos patrones sociales que se encuentran a caballo entre sus propios valores y los de la sociedad en que conviven, formando su propio nicho ecológico dentro del ecosistema urbano donde el grupo tiene que incluirse tanto social como territorialmente y engrosar la marginación urbana que les origina aislamiento social, cultural, económico, étnico e incluso de lenguaje.

En estas condiciones y con todos los elementos adversos que envuelven la vida de los quinquilleros, podemos decir que la marginación es el estado natural de estas gentes

prestamistas locales a tasas usurarias de interés, servicios crediticios espontáneos e informales organizados por vecinos y el uso de ropas y muebles de segunda mano» (O. Lewis, 1969-1972).

Lewis, habla también de las características sociales y psicológicas de estos grupos sociales haciendo hincapié en «el vivir incómodo y apretado, falta de vida privada, sentido gregario, alta incidencia de alcoholismo, el recurso frecuente a la violencia al zanjar dificultades, uso frecuente de la violencia física en la formación de los niños, golpear a la esposa, temprana iniciación de la vida sexual, uniones libres o matrimonios no legalizados, una incidencia relativamente alta de abandono de madre e hijos, una tendencia hacia familias centradas en la madre y un conocimiento mucho más amplio de los parientes maternos, una fuerte predisposición al autoritarismo y una gran insistencia en la solidaridad familiar» (Lewis, 1969-1972).

El grupo quinquillero muestra una pérdida de rasgos culturales al tener que adaptarse al medio actual, aceptando los diversos patrones sociales que se encuentran a caballo entre sus propios valores y los de la sociedad en que conviven, formando su propio nicho ecológico dentro del ecosistema urbano donde el grupo tiene que incluirse tanto social como territorialmente y engrosar la marginación urbana que les origina aislamiento social, cultural, económico, étnico e incluso de lenguaje.

En estas condiciones y con todos los elementos adversos que envuelven la vida de los quinquilleros, podemos decir que la marginación es el estado natural de estas gentes como grupo minoritario. Su conducta no variará sustancialmente por muchas ayudas que obtengan, ya que en el fondo no saben vivir de otra forma. No obstante, si se lograra con algún programa social, eliminar los elementos que produce la marginación, quizás sería posible también que estas personas se comportaran y vivieran de manera «normal». Pero esto quizás entra en el mundo de utopía. Las mismas palabras con las que hemos comenzado.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTH, Fredrik, (comp.) (1976): *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México.
- HERAS, J. De Las, (1974): *La España de los Quinquis*. Ed. Planeta. Barcelona.
- LEON, J. (1976): *Los Quinquis*. Ed. Bruguera. Barcelona.
- LEWIS, Oscar, (1969): *La vida*. Ed. Mortiz. México.
- (1972): *La cultura de la pobreza*. Cuadernos Anagrama. Barcelona.
- (1985): *Antropología de la pobreza*. Fondo de Cultura [1959] Económica. México.
- PUIS, F. y otros, (1989): *Encuentros en la marginación*. Fundación Sol Hachuel. Burgos.
- SAN ROMÁN, Teresa, (1984): *Gitanos en Madrid y Barcelona. Ensayo sobre aculturación y etnicidad*. S.P. de la Universidad Autónoma. Barcelona.
- (1986): *Entre la marginación y el racismo*. Ed. Alianza. Madrid.
- SASTRE, Alfonso, (1980): *Lumpen, marginación y jirigonza*. Ed. Legasa. Madrid.
- (1986): *La taberna fantástica*. Ed. Taurus. Madrid.
- (1990): *La taberna fantástica. Tragedia fantástica de gitana Celestina*. Ed. Cátedra. Madrid.